

DIALOGO EN EL ANOCHECER



ANTHON OBESO

«En la misma medida en que el hombre es cada vez más consciente de la coherencia de lo que hace y de lo que le ocurre, atribuye significado a todo y lo convierte en historia».

Erich Kahler

«¿Cómo demonios hacen ciertos hombres para detener a una mujer, para entablar conversación y hasta para iniciar una aventura? Descarté sin más cualquier combinación que comenzara con una iniciativa mía: mi ignorancia de esa técnica callejera y mi cara me indujeron a tomar esa decisión melancólica y definitiva».

No quedaba sino esperar una feliz circunstancia, de esas que suelen presentarse cada millón de veces: que ella hablara primero».

De «EL TUNEL», de Ernesto Sábato

EL hombre había salido a la terraza para echar una mirada a la noche o como huyendo de la fiesta. Después de tomar unos sorbos de su copa, y sin que le diera tiempo a sumergirse en sus pensamientos, se volvió, al presentir la llegada de alguien y, sin tiempo a poder decir nada, aquella mujer le rodeó con sus brazos regalándole un beso cálido, intenso, prolongado. Unos labios que le quitaron la respiración, y que no le hubiese importado que hubiera sido por toda una eternidad.

A pesar de lo inesperado del suceso, y puesto que era hombre que pocas veces esperaba algo de los demás, no le sorprendió, sin embargo, lo sucedido, pues cualquier cosa es siempre posible. Tampoco el hecho le fue intempestivo pues, desde hacía tiempo, aquella mujer no le era indiferente, sino todo lo contrario, ya que sentía hacia ella una inclinación profunda; aunque nunca se lo había manifestado. No se lo había manifestado debido, quizá a una cierta timidez, o a otros motivos menos conscientes, más ocultos en su ser.

Y aunque después del beso la mujer conservaba la faz serena y sus ojos le miraban con atención, y se podría decir, también, con cariño, consideró que era él quien debía tomar la iniciativa en la palabra y hacer uso del suficiente tacto para no herirla, por cualquiera que fueran los sentimientos que la habían inducido a obrar así. Sabía que lo que iba a decir era una frase hecha, vulgar, y que no se le ocurría otra en aquel preciso momento, pero estimó que servía para salir del paso y comenzar una conversación.

— *¿Sabes que eres muy bonita y que, con este arma, podrías poner al mundo bajo tus pies?*

Estaba diciendo la verdad, porque realmente era una mujer agraciada, y porque sabía también que, con un beso así y con aquella mirada de profunda ternura en tan expresivos ojos, no habría hombre capaz de resistirla.

— *Es posible—dijo ella entonces—. Pero eso no va conmigo. Tú lo sabes. Soy débil, y soy ignorante.*

En ese momento el hombre se sintió desbarbolado en su habitual aplomo y...

Ella no sabía por qué le había contestado así. Se sorprendió a sí misma con aquella afirmación. Se sabía débil y se sabía ignorante. Pero no era por esto por lo que había obrado así. Desde luego que no. Ella hubiera deseado expresar un mundo de sentimientos que la embargaban, y las palabras no le eran suficientes. Pero lo que había hecho, casi sin pensarlo, casi sin darse cuenta, era un atrevimiento quizá excesivo. Y ahora le preocupaba un cierto temor a que él interpretara su gesto en un plano distinto a sus verdaderos motivos. Y tuvo miedo. Aunque, por otra parte, la amistad que les unía, de largo tiempo, suponía un factor tranquilizador. También era cierto que él era hombre que mostraba un aire de respeto que en ella calaba hondo. Y quizá éste fuera el motivo de haber ido a él sin ningún prejuicio. No le era posible explicarse por qué había esperado a que se hallara solo para ir a él. Tampoco podía saber, con anterioridad, que él saldría solo a la terraza.

Aunque sí que era un hombre que parecía estar siempre solo allí donde estuviera, y aunque se hallara entre una multitud. Había ido a él como empujada por una fuerza irreprimible. Y no lo lamentaba. Deseaba decirle más de lo que había dicho. Pero no sabía qué. Las palabras no le surgían.

El hombre tuvo que hacer un esfuerzo para no perder su aparente serenidad, turbado, como estaba, como si una ola inesperada le arrollara con violencia. Esta afirmación sí que era totalmente imprevista. Una contestación ilógica. Podía haber esperado una palabra de agradecimiento a su cumplido, pero no una afirmación seguida de una declaración tan inesperada. El también se sentía débil e ignorante. ¿Y quién no lo es? Pero... ¿quién es capaz de reconocerlo? Y porque, además, en el rostro dulce de la mujer había sinceridad, y en sus palabras, que hacían evidente una declaración de humildad, había también una confianza. Confidencia que le era imposible, en aquel momento, comprender en toda su dimensión. Como le era también imposible abarcar la dimensión vital del momento, que lo sabía, al igual que todos los momentos, escurridizo y lanzado a eternidades inaccesibles, quedando sólo el recuerdo, que es, a la vez, un ser y no ser, imposible de aprehenderlo realmente, pues, aunque existe, tampoco existe. El sabía de estas agonías. De la desazón que atenaza el no aceptar ser. Quizás fuera ésta la cuestión definitiva. Pero su pasado estaba allí. Su pasado estaba constantemente allí donde él estaba. Su pasado estaba unido a él, consubstanciado con su ser. Tanto si lo quisiera como si no. Su pasado era él mismo. Y su pasado era sólo suyo, y de nadie más. Su pasado era su historia. Y la historia es recuerdo. Por lo tanto, él era también su propio recuerdo. Y, quisiera o no, la cuestión es que, de vez en cuando, había que examinar los momentos pasados como algo realmente necesario, como terapia, como medida para evitar la locura. Este momento que estaba viviendo, este delicioso momento, esta bella mujer que estaba inundando su ser, alguna vez, pronto, sería recuerdo. Uno de los pocos espacios que serían agradables de hacerlos vivir en el ser y no ser que es el recuerdo. En esa esotérica dimensión donde, también, siempre hay rostros de

mujer, gestos de mujer. Vivencias mentalizadas y, por lo tanto, delimitadas; asequibles a los adjetivos que nominan la extensión y profundidad del suceso. Pero luego están esas otras vivencias, sentidas también, pero perdidas o ignoradas. Sucesos que marcan también la propia historia y que todavía bullen ocultos. Quizás para siempre. Emergiendo algunos a veces, misteriosos, en los sueños y ensueños. Pero que también, en este momento en que sus ojos beben la mirada cálida de la mujer, gravitan en su ser. Cómo no. Mirada prolongada y anegada en ternura, como la de aquella encantadora compañera de colegio, ya en los albores de la pubertad, mirada compartida en ingenua complicidad. Sí, siempre había gestos de mujer en el recuerdo. Pero no sólo era así. Sabía también de difíciles búsquedas. De imposibles. Tratando de hallar razones. Preguntas sin respuesta. Sin embargo, condenado siempre a toda búsqueda. Lo que podía recordar de su pasado, estaba allí, con él. Pero también todo lo que no podía recordar, todo lo percibido, todo lo sentido, lo heredado, toda su historia, estaba con él.

Y ahora se hallaba en la terraza, amparado de la fiesta, en la templada noche, ante aquella mujer que esperaba de él una respuesta. Y no tenía palabras, o quizás, tenía todas las palabras del mundo para decirle y tardaría siglos en poder hacerlo. Y... no hay tiempo. Entonces, el pensador escéptico que había en él, consideró que su disposición suponía una claudicación, hasta podía entenderse como una derrota. Pero el hombre no había podido evitar la conmoción de sus sentimientos. Se daba cuenta que, sin remisión y sin condiciones, caía bajo el encanto de la mujer, sin saber además, en absoluto, por cuanto tiempo aquellas cadenas, que comenzaban a aprisionarle, le tendrían sometido. Cadenas que, por otra parte, no sabía si agradecer, pues le daban una razón para interesarse por algo, razón para seguir, razón, en definitiva, para continuar viviendo.

Tomó, entonces, el bello rostro de la mujer entre sus manos y, suavemente, como una mariposa que se posara sobre una flor, depositó sus labios sobre los labios de la mujer.

